

Pero dice el Sr. Posada que ni los ministros de U. de ma-
yo ni otros, han sido declarados sujetos a reelección, y sin
embargo no se han presentado: con lo que, y no negare jamás
cuanto diga el Sr. Posada en materia de hechos, porque si
su veracidad y el carácter que le distingue no desmiente
de ningún modo lo que ha citado S. S. lo creo firmemente;
pero, señores, porque en alguna ocasión o en muchas, o
en todas se haya prescindido de la fórmula esa, se haya con-
siderado innecesaria ¿se ha de faltar a ella ahora habiendo co-
mo hay un acuerdo tan terminante?

Aquí concluirán, señores, mis precisas pero fuertes razo-
nes para que la proposición sea desechada; pero aun quan-
do yo no tuviese tantas esperanzas en que estas razones han
de pesar sobremanera en el ánimo de los señores diputados
desapasionados, rogaria a aquellos que en estas razones han
de considerar como podrá interpretarse una proposición
de un diputado, un modo de apartar de la discusión a los
hombres únicos que deben dar luz y aclarar los hechos que
han pasado, y sobre los cuales se dice que hay que hacer car-
gos. Hay que hacer cargos, señores, y no se quiere oír a
aquel contra quien se dirigen. No lo espero así de la impar-
cialidad, de la grandeza de ánimo de los señores diputados;
no lo creo así de la imparcialidad del Congreso; no puedo
creer que aquí se siga un espíritu de oposición contra todo lo
que pueda dar luz a una cuestión tan grave como singular; no
puedo creer que se niegue el derecho de la defensa a quien se
hacen tan graves imputaciones. Si vale algo, para con los se-
ñores diputados este ruego que le hago, si necesitan aun de apo-
yo las razones que he prestado, a su imparcialidad, a su gene-
rosidad, a sus sentimientos de libre defensa apelo y además a
los antecedentes que deben tener de un hombre resuelto a vol-
ver por su honor, a esponder cien veces su vida, a dar cuen-
ta de sus actos, a que se esclarezca la verdad y que el país re-
ciba una lección singular que debe evitarle grandes desastres.
No puedo creer que a los señores diputados les falten todas las
grandes cualidades que deben arrancarle su asentimiento para
que aquí seamos oídos.

Juzga el Sr. Posada, que así solicita que dejemos de to-
mar parte en la discusión, juzga S. S. que podrá hacerse
justicia a sus sentimientos, y reconocerse sus principios de
imparcialidad y buena fe, cuando se considere que por me-
dio de una proposición escrita en estos momentos, cuando
acaso no hay toda la calma que sería de desear (por fortuna
a mí no me falta), se han atropellado los trámites por-
que no hablé un diputado, que tiene que decir cosas graves,
y a quien se anuncian también graves cargos?

Aseguro a los señores diputados, aseguro al noble Con-
greso español que mis explicaciones serán tan claras como
dignas, que la defensa será absoluta, y que la verdad que-
dará en su lugar. Ruego a los señores diputados que con-
sideren que esta resolución que a algunos podrá aparecer
desagradable, a mí me honra sobre cuantas resoluciones he
adoptado en toda mi vida; y espero demostrar esto tan
claro, que nadie, por osado que sea, pueda decir de recon-
cilio así. Los que crean lo contrario, que admitan el deba-
te y su triunfo será mayor; que confundan las leyes y los
fallos competentes al hombre que de esta manera ha habido,
y que arrogante se presenta ante la nación y ante la
Europa, a la que se va a sorprender con este suceso singu-
lar. (Rumores de aprobación en las tribunas.)

El Sr. PRESIDENTE: Repito, señores, que si mando
evacuar esa tribuna, la tribuna se evacuará.

El Sr. OLOZAGA: Por evitar iguales demostraciones,
que no pueden infundirme un ánimo que no me falta, así
como otras diversas de que no quiero hablar no me retrae-
rán un punto del cumplimiento de mi deber, concluyo ex-
citando de nuevo a los señores diputados a que desechen
la proposición y oigan a quien tanto tiene que decirles.

El Sr. POSADA: Señores, no ha sido mi ánimo privar al
Sr. Olozaga del derecho de ser oído que pueda tener cuando
en este sitio se trate de la cuestión a que ha aludido S. S.:
bien sabe S. S. que yo no quiero atacar a nadie por la es-
palda; deseo que sea oído y que si ha podido fraguarse al-
guna oscura y artera calumnia contra la persona de algún
diputado, sean confundidos los viles calumniadores. Puede
el Sr. Olozaga estar seguro de que yo esforzaré mi voz en
cualquier caso para que sea oído S. S., para que pueda decir
con libertad y con franqueza su opinión y sostenarla.

Pero dice el Sr. Olozaga que yo he firmado una proposi-
ción de una manera inusitada: S. S. conocerá que el caso era
también inusitado, que no se había presentado otro igual,
y que era necesario por lo mismo proceder de un modo sin-
gular.

Dice S. S. que uno de los acuerdos del Congreso no pasó
de ser un proyecto de ley; pero desde que ese proyecto se vo-
tó se entendió que era una jurisprudencia establecida, y lo
que lo prueba es que desde entonces los diputados que ob-
tuvieron empleos o gracias del gobierno, no creyeron que
debían asistir a las deliberaciones del Congreso.

El Sr. OLOZAGA: Agradecido mucho al Sr. Posada la
oferta que me hace de contribuir a que se ponga en claro la
verdad y que sean confundidos los torpes calumniadores,
porque torpes han sido, y reciban el castigo que merecen.
Pero voy a deshacer una equivocación que ha cometido S. S.:
convenzo con el Sr. Posada en que el ejemplo es general de
no asistir a las discusiones los diputados que han admitido em-
pleos del gobierno; pero eso ejemplo no puede tomarse por
interpretación legal que forme jurisprudencia: es jurisprudencia
de la delicadeza de los diputados, y mi delicadeza, se-
ñores, y la del Sr. Cantero y la del Sr. Luzziaga, ¿exige eso
o exige que vengamos aquí a apurarnos todos los medios de
explicación y de defensa? A esa delicadeza considerada en
sentido inverso apelo; con el Sr. Posada cuento ya, y espero
que contaré con los demás señores diputados.

El Sr. PITA PIZARRO: Señores, pedi la palabra sobre
esta cuestión cuando oí decir al Sr. Olozaga que el autor de
la proposición había introducido una novedad y la había
presentado como incidental de una manera inusitada. Esto
me llamó la atención y pedi la palabra con el objeto única-
mente de rectificar esta equivocación del Sr. Olozaga.

El Sr. OLOZAGA: Tal vez yo me habré explicado mal;
lo que digo que es inusitado es, que se declare a uno su-
jeto a reelección por medio de una proposición incidental.
Sobre esto el Sr. Madoz ha hecho traer antecedentes; y si
hay un solo diputado que haya sido declarado sujeto a re-
elección de esa manera, retiro mi proposición.

El Sr. PITA PIZARRO: Dije que había pedido la pala-
bra únicamente con el objeto de rectificar estas equivocacio-
nes, y las llamo todavía equivocaciones por que en primer
lugar el Sr. Posada no ha propuesto ninguna novedad sino la
estricta observancia de los precedentes de jurisprudencia in-
terior del Congreso, y en segundo lugar tampoco ha hecho
una proposición incidental de una manera inusitada, sino que
ha presentado una proposición con arreglo al art. 115 del
reglamento, para que por ella se dirija la discusión.

La cuestión de si el Sr. Olozaga ha de ser oído o no quan-
do trate de responder a los cargos que puedan hacersele,
es muy diversa de la que ahora nos está ocupando. Quan-
do llegue aquel caso, S. S. desde luego tiene mi voto para
que se le oiga y se estienda en su defensa cuanto crea con-
veniente; pero aquí se trata solo de una cuestión de reglamen-
to, y esta es tan clara, que no ofrece duda alguna.

Se funda la práctica del Congreso en un acuerdo espreso
del mismo que dice, que los diputados desde el momento en
que son declarados sujetos a reelección no pueden asistir a las
sesiones. Yo prescindo de los demás acuerdos y de los demás
proyectos de ley; pero debo ocuparme de una circunstancia
que ha pasado por alto el Sr. Olozaga, y es que a los minis-
tros nunca se les ha declarado sujetos a reelección por medio
de un dictamen de comisión, porque se ha creído fuera de
toda duda que desde el momento en que aceptan el cargo
de ministros quedan sujetos a ella.

Dice el Sr. Olozaga, ¿porque se haya prescindido hasta
ahora de la formalidad de presentar ese dictamen, se ha de
prescindir también en esta ocasión? y yo contesto sí, señor;
por que se ha prescindido hasta ahora debe prescindirse en
este momento, porque lo que no se ha hecho antes por in-
necesario no se debe tener ahora por necesario. Hasta aquí
ningún ministro ha sido declarado sujeto a reelección por
medio de un dictamen de la comisión, sino que se ha entendi-
do que desde aquel momento cesaba de pertenecer al Con-
greso de los diputados; luego por qué se intenta introdu-
cir una novedad ahora? Los acuerdos o son o no ciertos, y
si lo son, esta cuestión está fuera de toda duda.

Pero entran ahora las consideraciones personales, y el se-
ñor Olozaga, tan maestro en las cuestiones parlamentarias,
ha llamado la atención de los señores diputados hacia sus
circunstancias particulares para que se le conceda el uso de
la palabra en esta sesión sobre materias graves. Sobre esto
repetiré únicamente lo que llevo dicho: a saber que S. S. tie-

ne mi voto para que cuando llegue la ocasión use de la pa-
labra con toda la latitud que guste; pero ahora no se trata
mas que de si los que acaban de ser ministros y antes eran
diputados pueden asistir o no al Congreso, y yo creo que
no pueden, en virtud de la legislación vigente y de la prác-
tica constante.

El Sr. OLOZAGA: Para demostrar que no trato de dar
importancia a esta cuestión siempre que su resolución no ob-
ste a que se nos oiga, yo por mi parte no tengo inconvenien-
te en que se apruebe la proposición, si su autor o el Con-
greso consiente en que se modifique de modo que se añada:
"sin perjuicio de ser oídos en cuestiones que deben conside-
rarse como personales."

El Sr. POSADA: Lejos de oponer el menor obstáculo
que el Sr. Olozaga y sus compañeros emitan su opinión,
deseo sinceramente que así lo hagan y por mi parte presen-
tare una proposición especial para que el Congreso acuerde
oírlos sobre los cargos que mas adelante puedan hacerse-
les.

El Sr. MADDOZ: Voy a presentar, señores, las razones que
tengo para pedir al Congreso por el artículo del reglamento
y por el mismo cuerpo colegislador, que la proposición someti-
da a su deliberación sea desechada.

Creo que la mesa no ha debido admitir esta proposición,
que ha infringido abiertamente el reglamento, y como el re-
glamento es la garantía de la minoría y como es también el
que nos ha de poner en el caso de decirse cosas muy graves,
cosas muy trascendentes, y como quiera que por decirlos
hayamos de correr riesgos, ¿piden la palabra en contra de la
proposición seis señores diputados por eso deseo que el re-
glamento se observe en todas sus partes, pues nosotros no te-
nemos mas arma que esa, mas garantía que nuestra conciencia,
ni mas seguridad que el convencimiento íntimo de que de-
fendemos la causa de la libertad, si quiera corramos por ella
grandes riesgos. Parapetados en la independencia de dipu-
tados, nada absolutamente, nada tenemos.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Madoz, sírvase V. S. ceñirse
a la cuestión.

El Sr. MADDOZ: Decía, Sr. Presidente, lo que conside-
raba oportuno y muy dentro de la cuestión. Repito ahora,
que deseo que el reglamento se observe y que para defender
las opiniones que profeso usaré de la libertad mas amplia
sin que me intimide nada que pueda venir de aquí dentro,
o de fuera, sin que me arredre el que se me amenaze con que
mi casa será allanada, porque en ella he tenido el honor de
que concurren setenta y seis diputados que nos hemos reuni-
do allí, porque creíamos que debíamos estar reunidos para
tomar medidas que pudieran contribuir a salvar la libertad
y el país.

El Sr. PRESIDENTE: Espero, Sr. Madoz, que se servi-
rá V. S. no salirse de la cuestión como acaba de hacer.

El Sr. MADDOZ: Ya he dicho todo lo que tenía que decir
sobre ese particular. Decía antes que la mesa ha infringido el
reglamento: porque ¿qué es la proposición que ha presenta-
do el Sr. Posada? ¿Es una proposición incidental? no, señor,
porque envuelve una cuestión principal, porque la única
cuestión que aquí se discute, es lo que ha promovido su se-
ñoría. Las proposiciones incidentales solo pueden tener lugar
en una discusión cualquiera a que hacen referencia, y aquí
no había discusión alguna a que esa proposición pudiera re-
ferirse. Además, se ha infringido el reglamento por la mesa,
porque no siendo esa proposición incidental, debió haber sido
presentada por siete diputados, como previene el artículo 112.
Dicho esto, ahora entraré en la cuestión. Sabidos son mis opi-
niones en esta materia. Siempre he creído que los diputados
que tuviesen la desgracia de no poder resistir a la tentación de
recibir un destino del gobierno, no debiesen sentarse en los es-
caños del Congreso desde el momento en que recibiesen la gra-
cia. No hablo del ministro, porque eso no lo considero como
una desgracia, sino como un grande honor, como un grande
elemento del bien del país, si quiera por consideración a la
persona augusta que deposita su confianza en estos funciona-
rios. Pero aun estos mismos que reciben tan grande honor,
no deben presentarse en el Congreso hasta volver a ser reele-
jidos, por delicadeza, y, señores, esta misma delicadeza que
debe inducirlos a no venir al Congreso en cualquier otro caso
ordinario, es la misma que debe obligar al Sr. Olozaga a pre-
sentarse aquí para defenderse de los cargos que se le di-
rijan.

La resolución que se ha querido aquí alegar para hacer ver
que el Sr. Olozaga no debe sentarse en los escaños del Con-
greso, es un proyecto de ley que aprobado por este cuerpo no
lo fue por el Senado, ni mereció la sanción de la corona. Y yo
en este momento soy mas monárquico que los señores que apo-
yan la proposición, porque defendiendo la prerrogativa de la corona
que consigna la sanción de las leyes.

La disposición legal que en este caso debe observarse, la que
se halla vigente porque es la última y no se la ha dado ninguna
en contrario, es la que determina claramente que no deberá
dejar de asistir ningún diputado a las sesiones hasta que se de-
clare que está sujeto a reelección. Aquí no ha tenido lugar es-
ta declaración, y para hacerse es preciso que se presente un
dictamen de la comisión proponiéndola; que quede sobre la
mesa veinte y cuatro horas por lo menos, y que se apruebe
después de haberse discutido, si es que hay quien pida la pa-
labra en contra, que no será yo por cierto, pues estoy persua-
dido de que el Sr. Olozaga debe quedar sujeto a reelección.
Sin embargo, hasta que se resuelva, puede continuar en estos
bancos como lo hacen otros muchos que se hallan en el mismo
caso; el Sr. Moyano, por ejemplo, que ha pedido la palabra
en pro de esta proposición, y según ella, habiendo recibido
una gracia del gobierno, no debiera haber concurrido hoy a la
sesión. Lo propio sucede a otros señores que no nombro
porque no han pedido la palabra, que si la hubieran pedido,
también los hubiera nombrado, porque a mí me gustan las co-
sas claras.

Se ha dicho que siempre que un diputado ha sido nom-
brado ministro, ha dejado de concurrir al Congreso y se le
ha considerado sujeto a reelección sin mediar resolución
alguna. Esto no es cierto: ha habido casos en que no se
han considerado sujetos a reelección hasta que se ha resuel-
to por el Congreso, y han sido mas de tres, mas de cinco,
y mas de siete.

El Sr. SARTORIUS: Siento muchísimo que al usar de la
palabra no se halle presente el Sr. Madoz, porque tengo ne-
cesidad, no solo hoy sino hace muchos días, de dirigir
una pregunta a S. S., y celebro que en este momento entre
en el salón, porque así será contestado. S. S. suele hacer te-
ma obligado de sus discursos que solo él y sus amigos son
defensores de la causa de la libertad, y los que en opues-
tos bancos nos sentamos enemigos de ella. Yo, señores, ado-
ro, idolatro la libertad, y no consiento de ninguna manera
que directa ni indirectamente se me haga una acusación,
por la cual pueda aparecer poco amante, poco idólatra de
la libertad de mi patria. S. S. cree que corre peligro al emi-
tir su opinión; yo creo que S. S. se equivoca, a lo menos
si he de considerar su aserto volviendo los ojos a lo pasado.
S. S. goza de tranquilidad y de sosiego en el día y tal vez
los que pensamos de diversa manera no estamos en el mis-
mo caso. ¿Cuándo, señores, cuando los amigos de S. S. han
sufrido persecuciones, han sufrido castigos, cuando han su-
frido caldadas? Nunca. (El Sr. Collantes y otros varios di-
putados piden la palabra en contra.) Si se han sufrido al-
guna vez reveses, si se han sufrido desastres y contratiem-
pos, han caído siempre sobre la cabeza de los que han mi-
litado en distintas banderas que el Sr. Madoz.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego a S. S. que se ocupe so-
lamente de la cuestión que en este momento se discute.

El Sr. SARTORIUS: Es verdad; yo, poco práctico en
el reglamento, habré faltado a él estraviándome algún tan-
to, pero he creído de mi deber demostrar que gozan mas
libertad que nosotros nuestros contrarios: para ellos han si-
do siempre las dulzuras del mando y de la dominación; pa-
ra otros hombres los sinsabores, las persecuciones y los cas-
tigos.

Voy ahora a entrar en la cuestión; voy a hablar respecto
a los argumentos que hay en pro y en contra del particu-
lar. Yo, señores, no esforzaré los argumentos que hay en
pro de la proposición, si se tratara solamente de admitir en
este recinto al Sr. Olozaga para que hablase. Por el contra-
rio, señores, tengo un deseo vehementísimo de ello y abo-
garé en su favor por todos los medios que estén a mi al-
cance para que esto se verifique: tengo ansiedad de oírle;
no tengo ningún deseo, ninguna prevención que le perjudi-
que; lejos de eso, anhelo con todo mi corazón que pueda
sincerarse, y esto debe saberlo bien S. S. Pero hay debe-
res en los diputados, en los hombres públicos, que les pre-
cisán a obrar contra las inspiraciones del corazón, que les
obligan a seguir otro camino del que les marca su deseo.

Son tres los argumentos que se han citado. Una propo-
sición de ley, que aprobada por el Congreso y pasada al

Senado, ha quedado allí estancada y no ha merecido la san-
ción de la Corona. En esta proposición de ley se establece
que los diputados que han sido nombrados ministros y que
después dejen de serlo, no puedan tomar parte en las deli-
beraciones del Congreso. Se dice que no habiendo sufrido la
discusión y aprobación del otro cuerpo colegislador ni la
sanción de la Corona este proyecto de ley, no tiene fuerza.
Yo impugno este argumento, a pesar de que no me hace fal-
ta. Cuando como ha dicho muy bien el Sr. Posada, un
acuerdo de un cuerpo colegislador no afecta al país en general
ni al otro cuerpo colegislador: tiene una fuerza inmensa para los
acuerdos que se tomen dentro del que le ha aprobado. Pero des-
de luego digo, que no me hace falta este argumento, y por lo
tanto concedo lo que en contra de él se supone. Me fundo es-
pecialmente en el segundo argumento que aquí se ha ad-
ducido, que es, un acuerdo del Congreso por el cual se deter-
minó que en el momento que un diputado se declarase estar
sujeto a reelección no pudiera sentarse en estos escaños.
Faltame de consiguiente probar para demostrar que el señor
Olozaga y sus compañeros no pueden permanecer aquí, que
están notoriamente sujetos a reelección. Se ha dicho y se
ha repetido hasta la saciedad, que ningún ministro, en
ningún caso, en ninguna época, por mas que el señor
Madoz diga lo que quiera, se ha presentado en el Con-
greso como diputado después de haber sido nombrado
para aquel cargo. Sostiene el Sr. Madoz lo contrario, pero
yo creo poder decir con razón que no es cierto mientras que
no se me cite un solo caso en que palpablemente se vea lo
contrario. No ha habido ningún ministro con quien se haya
hecho ese ejemplo, y yo creo que siendo nosotros ahora con-
secuentes, no debemos hacer una excepción con el Sr. Olozá-
ga, no debemos concederle un privilegio que todavía no se
ha concedido a ninguno.

Venga en buen hora el Sr. Olozága a tomar parte en la
discusión de un asunto dado: entonces cuente con la gene-
rosidad que ha pedido a los diputados; pero no venga a recla-
mar un derecho, porque yo no puedo concederle, ni pue-
do concedérselo nadie. Hase dicho que los ministros, des-
pués de haber sido nombrados, no han venido a tomar parte
en las deliberaciones del Congreso, por delicadeza. No señores,
ahora importa a muchos decir esto, y en otras ocasiones han
dicho lo contrario.

Se acuerdo se tomó en odio al poder; por la manía que
ha dominado siempre a ciertos hombres, de perjudicar en
todo lo posible y menguar las facultades y garantías de los
que componen el gobierno de la nación: ahora se van co-
giendo los desengaños de tan funestas preocupaciones, y esas
armas dañosas se vuelven contra los que las han usado
siempre.

(Piden la palabra en contra varios diputados, otros la pi-
den en pro.)

Si entonces se hubiera podido prever que llegaría este
caso, se habría puesto un artículo adicional, expresando
que cuando dejases de ser ministros ciertas personas, no ri-
giese para ellos la regla general. Pero no se pudo prever,
y solo se pensó en adquirir una nombrada que no ambicio-
naba, una nombrada *populachera*. (movimiento.) palabra
bárbara pero bien expresiva.

Repito, señores, que cuando se ha tratado de hostilizar al
poder por aquellos que siempre no han tenido mas deseo que
este, no se han presentado semejantes ideas; pero los prin-
cípios conservadores se invocan cuando hacen falta, cuando
vienen bien a los que en otras ocasiones se han jactado de no
profesarlos.

He dicho, señores, que con arreglo a ese acuerdo del Con-
greso, ningún ministro de la corona ha podido venir a sentarse
en estos bancos antes de ser reelegido diputado, y presento en
prueba de ello al dignísimo presidente del gobierno provisio-
nal, que cuando era ministro responsable y dejó de serlo, no
pudo venir aquí a pesar de la mucha falta que hacia su pre-
sencia y de lo mucho que se meditaba el caso.

Hay además como he dicho, precedentes contra el Sr. Olo-
zága, que forman una jurisprudencia eterna en el Congreso.
Ha invocado el Sr. Olozága la imparcialidad y la generosidad
de los diputados. He dicho a S. S. que esta es ya otra cuestión;
y que en cuanto pueda, facilitaré a S. S. todos los medios que
necesite para su defensa. Sin embargo, creo que no cumple al
Congreso resolver otra cosa que lo que se propone en la pro-
posición que se discute, declarando que el Sr. Olozága está
sujeto a reelección. Ha dicho S. S. que es muy grande este
día para él, y yo estoy persuadido de que tiene mucha ra-
zón para creerlo, porque está ciertamente en una posición
brillante. Repito que tiene razón S. S. en lo que dice, por-
que se ve apoyado terriblemente, fuertemente, por aquellas
mismas personas entre las cuales teníamos nosotros que poner
nuestros pechos para recibir los tiros dirigidos a su se-
ñoría. Esta posición brillante en que se ha colocado, de-
be envanecerle en verdad. No creo por eso que nosotros de-
bemos juzgarle con parcialidad; de ninguna manera, cual-
quiera que sea su nueva posición; yo por mi parte no mi-
rare mas que la justicia, cumpliré con el deber de defender
el decoro de una régia persona, pero al mismo tiempo obra-
ré con toda la imparcialidad que sea necesaria, para que el
Sr. Olozága se defienda cumplidamente.

El Sr. OLOZAGA: Hoy las mis cumplidas gracias al se-
ñor Sartorius por lo que ha tenido la bondad de decirme y
por lo que ha tenido la bondad de ofrecerme, y ojala que
no se lleve el aire las palabras de S. S. como se ha llevado
las del Sr. Posada. S. S. ha querido mezclar la cuestión de
reglamento con la posición en que al bajar del poder me en-
cuentro yo colocado y dice: Que estoy al lado de la cabeza
de ciertos señores contra cuyos tiros tenía que poner S. S. su
pecho. Yo agradezco mucho estos parapos que se me ofrecen
después que ha pasado el peligro, pero debo decir que
no necesito ninguno; que mi posición es en el día la que ha
sido siempre. Anuncio al Congreso y tomen acta de ello si se
quiere, que ni mis principios han variado al subir al poder,
ni han variado tampoco por el modo singular con que he sa-
lido de él. Fui ministro profesando los principios en que se
funda la Constitución de 1837, entendida como siempre la
he entendido y puedo entenderla bien, al menos por la parte
que tuve en su formación. Fui ministro profesando los prin-
cípios de gobierno, de estabilidad y de orden, que siempre he
profesado. No son cuestiones de amor propio ni resentimien-
tos personales los que pueden influir en la vida política de un
hombre que como yo ha dado tantas pruebas de constancia en
su país.

Creo oportuno recordar en este momento aunque sea algo
ageno de la cuestión principal de que se trata, lo que tuve el
honor de declarar solemnemente ante el Congreso, cuando
ocupé la silla que dignamente ocupa ahora el Sr. Pidal, ma-
nifestando, que de la manera con que yo creía que se habían
emitido los votos al nombrarme presidente estaba persuadido
que no envolvían ninguna significación política, y por consi-
guiente cuando tuve el honor de ser llamado cerca de S. M. no
me creí obligado a ningún compromiso por los sufragios que
había recibido de ciertos señores.

Bueno será que se sepa también, que en la sala de confe-
rencias, ante todo el Congreso que se hallaba reunido, dije
terminantemente, que no alteraba ni una palabra los prin-
cípios que se habían sentado por el Sr. Cortina.

Ahora voy a responder a la cuestión que ha promovido el
Sr. Sartorius y lo haré diciendo, que por resultado de la
manera que sabrá toda España y toda Europa, con que cer-
tos hombres iban a escalar el poder para obrar una reacción
en el país... (varias voces del centro izquierdo, a la cuestión,
a la cuestión.) (Otros señores diputados piden que no se per-
mita al orador continuar usando de la palabra en este sen-
tido; algunos del extremo derecho e izquierdo reclaman al
orden y que se le deje hablar cuanto le parezca oportuno
para sus descargos.) (Momentos de confusión.)

El Sr. PRESIDENTE: Ya he dicho repetidas veces que
no se llevase a este terreno la cuestión y que se esperara al
momento en que deberá tratarse de tan grave asunto. Espe-
ro pues, que si el Sr. Olozága continúa usando de la pala-
bra, se ceñirá exclusivamente al motivo para que se le ha
concedido, para lo cual le he dado y le daré cuanta latitud
necesite.

El Sr. MADDOZ: He oído decir al Sr. Sartorius que yo soy
de los que creen que no hay en estos bancos mas defensores de
la libertad que nosotros, y que no se lo concedamos a todos los
hombres del partido a que hemos pertenecido, y al cual ya
no pertenecemos ya, porque considero ya destruida la coali-
ción, y estoy persuadido de que el único remedio que nos
queda es que todos los hombres que defendieron la libertad del
1.º de setiembre, se unan ahora para salvar la libertad el 1.º
de diciembre. Yo creo que a esto debemos dirigirnos todos los
amigos aunque podamos en la día correr algunos peligros,
porque vale mas correrlos con amigos experimentados, que
aunque pudiese separarnos por algunos momentos el...

El Sr. PRESIDENTE: Yo no puedo permitir a S. S. que
se salga de ese modo de la cuestión.

El Sr. MADDOZ: Puesto que no se me permite continuar
la idea que trataba de emitir, diré solo dos palabras acer-
ca de un suceso que me ha ocurrido al entrar en el Con-
greso, y que viene muy bien para contestar al Sr. Sartori-
us, en lo que ha manifestado sobre los peligros que po-
damos correr algunos diputados. Subía yo tranquilamente
las escaleras de la puerta principal, cuando vi que a cierta
clase de personas, que no necesito nombrar porque bien se
conocerá quienes eran, se dejaba entrar sin papeletas, mien-
tras que a otras se obligaba a enseñarlas y aun se les po-
nían dificultades. Iba yo a entrar cuando un centinela me
mandó desafortunadamente que bajase sin querer atender a
las razones que le daba, contestándole con un culatazo en
el pecho cuando le dije que era diputado. Viendo la imposi-
bilidad de entrar, me dirigí al oficial de la guardia, para
preguntarle si era aquel el modo con que había mandado
que se tratara a los diputados de la nación española, y de-
pués de la mejor manera que podía esperarse, como un
soldado honrado y pundonoroso, y como un buen caballe-
ro; no le conocí ni sé siquiera su nombre; pero esto no
impide que le haga la justicia que se merece. Esto por lo
que hace a los peligros que puedan correr los diputados.

No hablaré de la popularidad que podamos tener los que
sostenemos opiniones contrarias a las del bando opuesto; pero
sin embargo, para muestra de ella presentaré un documento
en que se patentiza del modo mas auténtico y solemne la apro-
bación que nuestros actos merecen de los pueblos. Tengo en
mi mano una felicitación que la diputación provincial de Lérida
ha dirigido a los diputados que interpelamos al gobierno
sobre la reorganización de la milicia nacional; en ella se expre-
sa el mayor asentimiento a las ideas que emitimos, y el gran-
de deseo que tienen todos los pueblos de que vuelva a verse
armada la milicia nacional, que es el mayor apoyo de las libe-
dades públicas.

El Sr. PRESIDENTE: Parece que el Sr. Madoz ha dirigido
una inculpación a la mesa por lo que le ha sucedido al entrar
en el Congreso; si S. S. se hubiese dirigido a mí cuando es-
te hecho tuvo lugar, habría dado las disposiciones oportunas,
aunque debo manifestar que se han tomado todas cuantas po-
dian ser conducentes a conservar el orden, evitando que en-
tase mas gente que la que habia en las tribunas.

El Sr. SARTORIUS: El Sr. Olozága puede estar seguro
de que las ofertas que le he hecho son francas y sinceras. Res-
pecto a la indicación que ha hecho sobre las tramas que se
preparan contra la libertad, deberá decir al Sr. Olozága que
si desgraciadamente fuese cierto lo que dice S. S., cuente
para combatir esas tramas con mi corazón y con mi brazo.

Al Sr. Madoz le diré únicamente que si la coalición
se ha roto, yo por mi parte no la rompo; estoy dispuesto
a tender mi mano a todos los que defiendan el orden y la
libertad, sin mirar los antecedentes políticos de cada uno;
rompí en mi hora los que lo quieran; por mi parte si
veo que comienzan las guerras encarnizadas entre los partidos;
si veo que vuelve a derramarse la sangre entre los
hombres que casi profesan los mismos principios, si veo
que se atraviesa el corazón de los que mueren esperando en
sus labios un viva a la libertad, emigraré de este desgra-
ciado país, me iré lejos de él para no presenciar tan hor-
rosos desastres.

PROPOSICIÓN INCIDENTAL DEL SEÑOR SANCHEZ DE LA
FUENTE.

Se leyó la siguiente proposición:
"Pido al Congreso se sirva declarar que la proposición
del Sr. Fosada de Herrera pase a las secciones."—Sanchez
de la Fuente.

El Sr. SANCHEZ DE LA FUENTE: El objeto que me
ha movido a presentar esta proposición, es solo que se trate
del asunto que ha promovido el Sr. Posada, con el criterio
y el decoro que en estas materias ha sabido siempre guar-
dar el Congreso. Se ha entrado en esta discusión sin guar-
dar ninguna de las formalidades que previene el reglamen-
to, faltando abiertamente a todas ellas. Conviene, pues, que
el Congreso la examine ahora con calma, para que así pue-
da lograrse mejor el acierto.

El Sr. POSADA: Se ha hecho un cargo gravísimo a la me-
sa, que no se la debía haber dirigido porque no ha dado moti-
vo para ello. Hoy era el día señalado para sortear las se-
cciones; la mesa dudaba si los Sres. Olozága, Cantero y Lu-
zziaga, como diputados sujetos a reelección, debieran con-
tenderse en el sorteo, y para salir del conflicto en que se ha-
laba, consultó al Congreso.

El Sr. SANCHEZ DE LA FUENTE: Me parece que el
Congreso habrá notado que la mesa no tiene defensa, cuando
no alega mas razón que esta.

El Sr. NOCEDAL: La mesa ha estado en su lugar el
proponer al Congreso la duda que la había ocurrido, y na-
die dudará que en esto ha cumplido con su deber y no ha
traspasado en manera alguna el reglamento, sino que por el
contrario se ha atendido estrictamente a él.

Se toma en consideración la proposición del Sr. Sanchez
de la Fuente por 79 votos contra 75 en la forma siguiente:

Señores que dijeron sí:

Las Navas.	Alonso.	Burriel.
Cañavate.	Pla.	Garnica.
Madoz (D. F.)	Saavedra.	M. Suarez.
Ceriolá.	Somoza.	S. Silva.
Alonso (D. J. B.)	Gálvez Cañero.	Somoza (D. J.)
Madoz (D. P.)	Prat.	Norato.
Alvarez.	G. Sancho.	Santana.
Corradi.	Laseria.	M. Vizo.
Inarra.	R. Arcas.	G. Alegre.
Aguirre.	Murga.	Collantes (D. J.)
Casajares.	Garrido.	Andrade.
Lopez.	Tabuérniga.	F. Cano.
Obejero.	Crooke.	Arquiga.
Quijada.	Algarra.	G. Jove.
H. Lopez.	Bertran de Lis.	Lobit.
Riáza.	Nubez.	R. Vera.
Llanos.	Ayllon.	Gonzalez (D. P. N.)
Ortega.	Paz Garcia.	Bazan.
S. de la Fuente.	Caballero.	C. y Malet.
España.	Ibars.	Benedicto.
Calle.	M. Lopez.	A. de Izco.
Luzziaga.	Calizares.	G. y Manrique.
Liquiedo.	F. Alejo.	Moras.
L. Pinto.	Alcon.	Ors y Garcia.
Bernabén.	Cortina.	Verdu.
Collantes (D. A.)	Cantero.	Muntadas.
Montalban.		Total 75.

Señores que dijeron no:

R. de Togores.	Abril.	Azpiroz.
Nogedal.	Ballesteros.	Pita.
Salido.	Cezar.	S. Toscano.
P. Herrera.	Iribien.	Portillo.
Burgis.	Saavedra.	Carriquiri.
P. Diaz.	Alvarado.	Castilla.
Esozura.	Balbuena.	Alvar.
Calderon.	Canaja.	Giner.
Mayans.	Malvar.	Romero.
Baizote.	Salva.	Moyano.
Carrasco.	Puigque.	T. Cabrera.
Villagarcia.	Pratosi.	Rivaherrera.
Mon.	Elipe.	Hernandez <i>Arita</i> .
B. Ayuso.	Baamonde.	Ros de Olano.
Abrantes.	Olivan.	Coucha.
Zaragoza.	Casa-Irujo.	Quinto.
Negrete.	Sartorius.	Medialdea.
B. Murillo.	Amblard.	Cuadra.
D. Cortés.	Llorente.	Sabater.
Rey.	Moran.	Tarancon.
D. Cid.	Nandin.	Mazarredo.
Montevirgen.	M. de la Rosa.	L. Grado.
Armero.	Lopez Vazquez.	Sr. Presidente.
Castro.	Cerrajería.	Total 75.
Rosales.	La Fuente.	

S. S. que
continuar
necesario
en el Con-
Sr. Sartorius
que po-
guiriente
de á cierta
tas, mien-
se las po-
minuta me
atender á
culatazo en
la impo-
ria, para
mandando
hola, y de-
mitir se
como un
en caballe-
ro esto no
isto por lo
putados.
er los que
nuestro; pero
documento
ne la apro-
Tengo en
al de Leri-
el gobierno
la espre-
y la gran-
va á verse
de la liber-
ha dirigido
o al entrar
cuando ese
oportunas,
cuantas po-
do que en-
seguir
ceras. Res-
mas que se
Olózaga que
S. S., cuen-
mi brazo.
a coacción
orden y la
cada uno:
mi parte si
e los parti-
os, si veo
spirando en
este degra-
tan hor-
DE LA
proposición
—Sanchez
eto que me
que se trate
o el criterio
empe guar-
sin guar-
el reglamen-
pues, que
que así pue-
mo á la me-
dado mis se-
autero y la-
bieran com-
en que ha-
parece que el
ensa, cuando
su lugar el
ruido, y na-
her y no la
no que por el
Sr. Sanchez
la siguiente.
a.
arez.
a (D. J.)
a.
a.
gre.
e (D. J.)
de.
no.
aga.
e.
ra.
ez (D. P. N.)
aico.
ieto.
lzo.
tanque.
García.
das.
79.
oz.
seano.
jo.
quiri.
la.
r.
ero.
no.
abrera.
herreria.
andez Ariz.
de Olano.
ha.
to.
aldea.
ra.
er.
acon.
rredo.
residente.
75.
salon el señor
abrazos prome-
27 de noviem-
lo el Congre-

En efecto dichas palabras en que recordaba que
Sr. ministro de ESTADO. Señores, al Congreso consta
Sr. M. se ha dignado encargarme del ministerio de Es-
He tenido noticia de la grave cuestión que se agita
el Congreso y llama la atención del público, sobre cu-
la cuestión hay un acta formada en el palacio de S. M. La
en quien S. M. ha depositado su confianza, la de-
posición de hacer que resuene sus palabras con to-
el peso y lleno de su autoridad. He ido al Senado y allí
he oído la narración del suceso que ocupa tan vivamente la
M. la narración del suceso que ocupa tan vivamente la
del público. He esperado aquí algún tiempo cre-
ción del público. He esperado aquí algún tiempo cre-
do que se entraría pronto en el principal debate; veo
debe ser largo, y he creído de mi deber para que los
diputados formen la cabal idea que en su conciencia
deben formar, dar lectura de este documento á fin de
llegue á noticia de los señores diputados y del país
que así:
S. S. lee desde la tribuna con voz enérgica y solemne, y en
atención de la mas profunda atención este importantísimo do-
cumento, (que verán nuestros lectores en otro lugar del pe-
ro esto no
isto por lo
putados.
er los que
nuestro; pero
documento
ne la apro-
Tengo en
al de Leri-
el gobierno
la espre-
y la gran-
va á verse
de la liber-
ha dirigido
o al entrar
cuando ese
oportunas,
cuantas po-
do que en-
seguir
ceras. Res-
mas que se
Olózaga que
S. S., cuen-
mi brazo.
a coacción
orden y la
cada uno:
mi parte si
e los parti-
os, si veo
spirando en
este degra-
tan hor-
DE LA
proposición
—Sanchez
eto que me
que se trate
o el criterio
empe guar-
sin guar-
el reglamen-
pues, que
que así pue-
mo á la me-
dado mis se-
autero y la-
bieran com-
en que ha-
parece que el
ensa, cuando
su lugar el
ruido, y na-
her y no la
no que por el
Sr. Sanchez
la siguiente.
a.
arez.
a (D. J.)
a.
a.
gre.
e (D. J.)
de.
no.
aga.
e.
ra.
ez (D. P. N.)
aico.
ieto.
lzo.
tanque.
García.
das.
79.
oz.
seano.
jo.
quiri.
la.
r.
ero.
no.
abrera.
herreria.
andez Ariz.
de Olano.
ha.
to.
aldea.
ra.
er.
acon.
rredo.
residente.
75.
salon el señor
abrazos prome-
27 de noviem-
lo el Congre-

Violencia le han estado por su representante, y dichas palabras
de significado propio que valen lo que valen sus ideas cor-
respondientes.
Sin entrar en otros pormenores, diré justificando mis pa-
labras, las cuales á nadie ofenden, que tendría por el día mas
lamentable de mi vida, aquel en que hubiera yo tenido el
valor ó la flaqueza de firmar una proposición como la que
ha firmado el Sr. Posada; entendería que al firmar una pro-
posición de ese género excluía de las Cortes á un diputado
que por su calidad de tal, por su pública investidura y por
circunstancias que todos recordamos y nadie califica, debe
ser oído aquí ampliamente.
El Sr. PRESIDENTE: Ruego al señor diputado se con-
crete á la alusión personal.
El Sr. ALONSO: El Sr. Presidente sabe bien como an-
tigu diputado, como presidente del Congreso, y de todas
maneras que cuando se piden explicaciones á un diputado por
palabras que ha dicho aquí, las explicaciones se dan no
solo por honor del diputado sino del Congreso, y por res-
peto á la nación que los diputados representan. Al explicar,
pues, estas palabras, estoy en mi derecho, he dicho que en
mi hora y sin gloria se había suscitado la proposición, porque
entendía yo que cuando una proposición de esa especie se
había presentado, debía atenderse á razones superiores á las
razones reglamentarias, exigiendo de los sentimientos de
generosidad y justicia de los diputados, que prescindiesen en
este día de escrúpulos de reglamentos como se ha hecho en
ocasiones muy próximas.
Todo esto sin que nadie se de por ofendido así como no
me ofendió yo de lo que ha dicho el Sr. Posada. Concluyo
diciendo que esta es la explicación que tenía que dar á mis
palabras.
Pasadas las horas de reglamento, se consulta al Congreso,
si se prorrogará la sesión y acuerda negativamente.
El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Olózaga tiene la palabra
para anunciar una interpección al gobierno.
El Sr. OLOZAGA: Mi interpección se dirige á qué el
gobierno de S. M. declare los medios secretos con que se ha
preparado la caída del anterior ministerio; cuáles para la
subida del actual: cómo se ha procedido á la extensión del
acta, sin existir ministerio, y los fundamentos de ese acta.
El Sr. ministro de ESTADO: El Congreso ha oído la
interpección que acaba de anunciarse; esa interpección
equivale al debate que el Congreso deberá tener inme-
diatamente; por consiguiente el ministro no juzga opor-
tuno contestar al Sr. Olózaga, sino cuando aquel debate
tenga lugar.
Señala el Sr. Presidente para mañana la discusión pen-
diente, y se levanta la sesión á las cinco de la tarde.

EL HERALDO.

MADRID.

SABADO 2 DE DICIEMBRE.

Documento interesantísimo.

ACTA SOLEMNE DEL ATENTADO COMETIDO POR EL SEÑOR OLOZAGA CONTRA LA REINA DE ESPAÑA.

En las sesiones que celebraron ayer
los cuerpos colegisladores, el Sr. mi-
nistro de Estado leyó el siguiente do-
cumento:

D. Luis Gonzalez Bravo, ministro
de Estado y notario mayor interino de
los reinos:

«Certifico y doy fe: Que habiendo si-
do citado de orden de S. M. la Reina
nuestra Señora para presentarme en
este día en la Real Cámara, y admiti-
do en ella ante la Real Persona á las once
y media de la mañana, se presenta-
ron conmigo, citadas también de orden
de la Reina, las personas siguientes:
D. Mauricio Carlos de Onís, presiden-
te del Senado; el duque de Rivas y el
conde de Ezpeleta, vice-presidentes del
mismo cuerpo colegislador; D. Salva-
dor Calvet; D. Miguel Gollanguer; el
marqués de Peñaflorida y el marqués
de San Felices, secretarios del Senado;
D. Pedro José Pidal, presidente del
Congreso de diputados; D. Andres Al-
con; D. Manuel Mazarredo y D. Javier
de Quinto, vice-presidentes del mismo;
D. Mariano Roca de Togores; D. Cándi-
do Manuel de Nocedal; D. Agustin Salido
y D. José Posada Herrera, secretarios del
Congreso los Sres. D. Ramon Macia
Lleopart, presidente del tribunal su-
premo de Justicia; D. Francisco Fer-
raz, presidente del supremo tribunal
de Guerra y Marina; duque de Frias,
presidente de la junta consultiva de Es-
tado; duque de Castroterreño, presi-
dente de la diputación de la grandeza
de España; D. Francisco Serrano, te-
niente general de los ejércitos naciona-
les; D. Ramon María Narvaez, capi-
tán general del primer distrito militar;
D. José María Nocedal, decano de la di-
putación provincial; D. Manuel de Lar-
rain, alcalde 1.º constitucional; duque
de Híjar, sumiller de corps; marques de
Santa Coloma, mayordomo mayor de
S. M.; marques de Malpica, caballeri-
zo mayor; marques de San Adrian,
gentil-hombre de guardia; duque de
Zaragoza, capitán de alabarderos; mar-
ques de Palacios, mayordomo de sema-
na de guardia; D. Domingo Dulce, gen-
til-hombre de guardia; marquesa de
Santa Cruz, camarera mayor; D. Juan
José Bonel y Orbe, patriarca de las In-
dias, y D. Felix Luis de Quintana, secre-
tario de S. M. con ejercicio de decretos y
canciller del ministerio de Gracia y Jus-
ticia, á presencia del infrascrito nota-
rio de reinos, hizo S. M. la siguiente
declaración:

En la noche del 28 del mes próxi-
mo pasado se me presentó Olózaga, y
me propuso firmase el decreto de diso-
lución de las Cortes. Yo respondí que
no quería firmarlo, teniendo para ello
entre otras razones la de que estas Cor-
tes me habían declarado mayor de edad.
Insistió Olózaga: Yo me resistí de nue-
vo á firmar el citado decreto. Me leván-
té dirigiéndome á la puerta que está á
la izquierda de mi mesa de despacho:
Olózaga se interpuso, y echó el cerro-
jo á esta puerta. Me dirigí á la que es-
tá enfrente, y también Olózaga se in-
terpuso, y echó el cerrojo de esta puer-
ta. Me agarró del vestido y me obligó
á sentarme. Me agarró la mano hasta
obligarme á rubricar. En seguida Oló-
zaga se fue, y yo me retiré á mi apo-
sento.

Hecha lectura por mí el infrascrito
de la procedente manifestación, S. M.
se dignó añadir lo siguiente:

«Antes de marcharse Olózaga me
preguntó si le daba mi palabra de no
decir á nadie lo ocurrido: y Yo le res-
pondí que no se lo prometía.»

Acto continuo invitó S. M. á que en-
trasen en su despacho todos los presen-
tes y examinaran el lugar en que suce-
dió lo que acababa de referirles: así se
hizo en efecto entrando todos en el Real
gabinete.

En seguida puse la declaración en las
Reales manos de S. M., quien asegu-
rando que aquella era su verdadera y
libre voluntad, la firmó y rubricó á
presencia de los mencionados testigos
después de haber yo preguntado á los
presentes si se habían enterado de su
contenido, y habiendo respondido to-
dos que sí estaban enterados; con lo
cual se dió por finalizado aquel acto,
mandando S. M. que se retirasen los
presentes y que se depositase esta su
Real declaración en la secretaría del mi-
nisterio de mi cargo, donde queda ar-
chivada.

Y para que en todo tiempo conste y
produzca los efectos á que haya lugar,
doy el presente testimonio en Madrid á
1.º de diciembre de 1843.

La sesión de ayer del Senado tuvo mas de gravedad
que de interés; las tribunas se hallaban también muy
concurridas, y todos esperaban algún suceso importan-
te. Efectivamente, aprobado el dictamen de la comisión
sobre la quinta de los 25000 hombres, el Sr. conde
de Ezpeleta tomó la palabra é hizo una breve y cir-
cunspecta narración sobre lo ocurrido para la formación
del nuevo ministerio; al concluir el Sr. Ezpeleta se
presentó el señor ministro de Estado, y en un sentido
discurso manifestó al Senado su decisión para sostener
la Constitución y el trono, terminando por leer al alto
cuerpo colegislador el importantísimo documento que
en otro lugar verán nuestros lectores, documento que
hizo llorar á cuantos se hallaban en el recinto: las ga-
lerías prorumpieron en las mas entusiastas y enérgi-
cos vivas á la REINA, y mueras á los traidores: el Sena-
do oyó esto con dignidad, y seguidamente se levantó la
sesión, anunciando el señor Presidente que para la pri-
mera avisaría á domicilio.

No sabemos en qué términos dar cuenta de la se-
sión celebrada ayer en el Congreso; nos falta la seren-
idad y el aplomo que para tratar un negocio tan
grave necesitamos. Nuestros sentimientos leales, como
españoles, como monárquicos y como caballeros, se su-
blevan y la indignación nos permite apenas regir la
pluma. Queremos decirlo antes de nada, porque de-
cirlo es una necesidad para nosotros: el nombre del
Sr. OLOZAGA contra todas nuestras esperanzas y con-
tra todos nuestros deseos, se ha hecho el nombre mas
odioso de la historia contemporánea. Bien sabe Dios
que no hablamos como hombres de partido y que nos
habíamos propuesto ser muy indulgentes con nuestros
adversarios políticos, cuando nos viéramos obligados
por acaso á discutir con ellos nuestras doctrinas, y á
este propósito ni aun hoy faltaremos. Pero seríamos
villanos si la sangre no se nos encendiese al hablar de
una persona que ha hecho ayer gala de ofender á su
REINA en este país tan leal con sus reyes, tan noble
con las damas.

Comenzó la sesión en medio de una ansiedad cruel;
millares de personas ocupaban las tribunas; en el sem-
blante de los diputados se pintaba la perturbación de
los ánimos, y todo estaba revelando que no iba á ser
aquella una sesión ordinaria, sino la mas grave acaso
que se haya celebrado jamás en un parlamento.

A poco de haberse leído el acta, se oyeron voces
que venían de la pieza contigua al salon; los gritos
eran del Sr. MADROZ, que hablaba de bayonetas y de vio-
lencias cometidas por la fuerza armada con los represen-
tantes del país. El caso era, sin embargo, muy natural,
y no había motivo para irritarse de aquel modo. Concur-
rió ayer al Congreso una muchedumbre inmensa, que
como quisiere á viva fuerza penetrar, hubo necesidad

de colocar centinelas en la entrada destinada á los di-
putados y á los espectadores que llevan billete para las
tribunas reservadas. De otra manera hubiera sido im-
posible celebrar la sesión, porque la multitud hubie-
ra arrollado á los porteros. Consecuencia de esto era
que los diputados que entraban eran detenidos á veces,
ignorantes los centinelas de si eran miembros del par-
lamento ó simples curiosos sin billete. A nadie se le
ocurrió que aquello era una violencia, ni podía ocur-
rírsele.

Coincidió con las voces exteriores que ya pusieron
en sobresalto á las galerías, la entrada del Sr. OLOZA-
GA. En este momento se oyeron aplausos dados por los
amigos que el Sr. OLOZAGA tenía en la galería públi-
ca, y los aplausos fueron respondidos por gritos de
fuera. Entonces estallaron los encontrados sentimien-
tos que abrigaba aquel recinto; los diputados se leván-
taron con la mayor indignación á la vista de semejante
escándalo, que deshonraba al país; el Presidente se
cubrió la cabeza en señal de que se suspendía la sesión,
y el salon quedó casi desocupado interin se apacigua-
ban las tribunas. El dolor que entonces experimenta-
mos no acertaremos á explicarlo, y casi creímos en-
tonces que jamás se establecería entre nosotros un go-
bierno de discusión. Y ¿qué dirá el mundo civilizado
al saber esos desórdenes, verdaderos motines que es-
tallan en el mismo lugar en que el parlamento celebra
sus sesiones? ¿Pero cómo no ha de suceder esto cuando
se permite que sean dos mil los espectadores, siendo
ciento cincuenta los individuos que deliberan? Con pro-
porcion tan monstruosa ¿puede haber calma, puede
haber libertad?

Si el Sr. OLOZAGA no hubiera tenido la ineficaz-
ble osadía de presentarse en aquel sitio, usurpando el
carácter de diputado que ya no le pertenece, estamos
seguros de que habría faltado la ocasión de aquel al-
boroto. Pero el Sr. OLOZAGA prefirió hacer ostentación
de su desvario, porque segun dijo, la delicadeza le
mandaba ir allí. ¿Y á qué iba? Nos horroriza el pensar-
lo y es tan sacrilego el intento del Sr. OLOZAGA, que no
queremos declararlo aunque todos lo comprenden. Hay
cosas tan horribles, que no deben mencionarse; nuestro
respeto y nuestro amor al trono nos obligan á callar.

¿La delicadeza! Si el Sr. OLOZAGA comprendiera bien
lo que es ese sentimiento elevado ¿hubiera ido allí en la
posición en que se encuentra? Cualquiera que conser-
vase un resto de decoro y de veneración al sòlo de San
Fernando se hubiera suicidado antes que despegar sus
labios. Todo el que sea español alcanzará el significado
de estas palabras.

Solo falta que el Sr. OLOZAGA vuelva á denunciár-
nos ante el jurado, en lugar de pedirnos cuenta de
nuestras espresiones, como estamos dispuestos á dárse-
la, como se la pediremos nosotros de otras que se ha
atrevido á estampar en un periódico de la tarde, tan
luego como termine el negocio que ocupa á los cuer-
pos colegisladores.

Al empezar la sesión de nuevo, el Sr. Presidente
manifestó que debiendo procederse como primer día
del mes al sorteo de las secciones, dudaba si debiera
incluir como diputados al Sr. OLOZAGA y á sus compa-
ñeros que estaban sujetos á reelección. Los preceden-
tes unánimes y acuerdos del Congreso decían que
el Sr. OLOZAGA no era ya diputado. Entre muchos
ejemplos que pudiéramos citar, recordaremos la con-
ducta observada por el ministerio de 9 de mayo, cuyos
individuos no pudieron asistir á las sesiones borrascos-
as y célebres de 19 y 20 del mismo mes. Hallándose
entonces el Sr. SERRANO sentado en el banco negro, vi-
nieron á decirle que ya no era ministro, y le vimos
salir apresurado del salon, sin ocurrírsele la idea de
que tenía derecho á sentarse en los bancos encarnados.
Hubo, ayer, sin embargo, discusión acerca de esto, en la
tomó parte el mismo Sr. OLOZAGA, haciendo alarde
de osadía, y queriendo imponer á favor de ella. Allí
se presentó como ultra revolucionario el que ha po-
co tiempo tenía pretensiones de ser el primer hombre
de gobierno de España para convertirse de nuevo, co-
mo ayer le vimos, en tribuno con toison.

Una de las veces que el Sr. OLOZAGA usó de la pa-
labra, se atrevió á decir que había tenido la honra
de ser el único ministro exonerado! Insulto inaudito
contra quien no queremos mentar, atroz blasfemia!

Como el Sr. MADROZ, segun es su costumbre, di-
jese que á ciertos diputados no se les imponía y
otras especies semejantes, manifestó el Sr. SARTORIUS
que no eran los diputados á quienes S. S. quería alu-
dir, los que debían temer, ni tampoco ellos los que te-
nían derecho para hablar elevándose en nombre
de la libertad y de las instituciones. Al mismo tiempo
nos alegramos de oír de boca del Sr. SARTORIUS una
verdad que se trata de oscurecer, á saber: que la coa-
licion existe, si bien se han separado los que no han
logrado de ella su objeto; que la union de los parti-
dos es un hecho palpable, que solo desconocen los que
tienen interés en que la alianza se rompa. El centro,
compuesto de diputados moderados y progresistas, ates-
tigua nuestro aserto.

Tomada en consideración la proposición incidental
del Sr. SANCHEZ DE LA FUENTE, para que la del señor
POSADA pasase á las secciones, el ministro de Estado,
D. LUIS GONZALEZ BRAVO, como notario mayor interino
del reino, leyó el acta solemne de lo ocurrido ayer
mañana en Palacio. El señor ministro leyó tan importante
documento con voz pausada y acento grave y en medio
de un religioso silencio; pero no tan constante que á
veces no lo interrumpiese un murmullo de la profunda
indignación que rebosaba en los pechos. Al concluir no
fue posible contener el grito de viva la Reina que se

prolongó por algunos minutos. Todavía el Sr. Olóza- ga volvió á pedir la palabra y quiso anunciar no sa- mos cuántas interpellaciones al gobierno; olvidándose de que se estaba ventilando si era ó no diputado.

Los partidos legales del Congreso, compuestos de es- pañoles á quienes hacemos justicia, no querrán tornar en cuestión de partido la causa de un súbdito que ha faltado á lo mas sagrado que existe en una monarquía. No; no lo querrán después de la lectura del acta régia; no lo querrán, cualesquiera que sean sus conexiones y sus compromisos. Sería horrible que por un interes muy mal entendido de partido, la izquierda, inocente del atentado del Sr. Olóza- ga, fuese á ofender un senti- miento nacional y venerable. Los intereses de parti- do, cuando por desgracia existen, se debaten en es- fera menos elevada.

Ayer han tenido lugar los festejos señalados para el primer día en el programa de las funciones con que la corte de España celebra la declaración de la mayoría de S. M. Doña Isabel II. A pesar de lo gravísimo de las circunstancias, de la ansiedad que trabaja todos los ánimos, el pueblo madrileño ha querido dar en mo- mentos tan preciosos y solemnes una alta prueba de su respeto, de su amor y de su entusiasmo hacia esa es- celsa Princesa, á quien miran todos los buenos espa- ñoles como la única esperanza de esta patria tan des- venturada, como la garantía mas grande de la liber- tad y del orden público. Colgados con elegancia los balcones de sus casas, preciosamente adornadas las fa- chadas de muchos edificios públicos y de particulares, iluminado como pocas veces lo hemos visto, discur- riendo por las calles un pueblo alborozado, tranquilo, con la conciencia de que hay quien vela por su liber- tad y por su seguridad, animado con los vistosos es- pectáculos de que con mas calma y detenimiento hare- mos una detallada descripción, Madrid presentaba ayer un cuadro hermoso y pintoresco. Cuadro tambien que debe infundir nuevo aliento á los buenos patriotas, á los amantes de su REINA; porque ayer patentizó de nuevo el pueblo madrileño que no ha muerto, no, el prestigio del trono de los ALFONSOs es ISABELES, y que la escelsa jóven que rige los destinos de la española monarquía tiene un altar en cada pecho castellano.

Sabemos que ha llegado á esta corte el Sr. príncipe de Carini, enviado de S. M. el rey de Nápoles. Se nos asegura que este caballero trae el reconocimiento de nuestra REINA.

El 28 á la una y media de la tarde, fue la hora señalada por S. M. para recibir una comisión del Ins- tituto médico de emulación de esta corte, nombrada para felicitarla por la declaración de la mayoría. Su presidente el Dr. Drumont, después de saludar á S. M. y A., le dirigió las palabras siguientes:

SEÑORA: Nos ha cabido la satisfacción de ser nombrados por el Ins- tituto médico de emulación, para en su nombre tener la honra de felicitar á V. M. con motivo de ocupar el trono de vuestros antecesores, y hallarse al frente de los destinos de la nación. El Instituto médico de emulación, Señora, confia que las ciencias, uno de los principales elementos de las naciones modernas, encontrarán en V. M. un apoyo se- guro y una protección decidida para poder marchar hacia su progreso y perfección. Tambien, Señora, el Instituto mé- dico de emulación espera, que la medicina y sus profesóres merecerán de V. M. una singular predilección, para que la una y los otros puedan adquirir el grado de esplendor y dignidad que por tantos títulos les corresponden. El gobier- no provisional de la nación en nombre de V. M. dió un gran paso hacia un fin tan importante con el decreto de 10 de oc- tubre último dando un mayor latitud y regularidad á la en- señanza de los estudios médicos. El Instituto no duda que V. M. se dignará continuar tan grandiosa obra. Para ello los individuos que componen el Instituto médico de emulación mirán sus votos á los de los demas españoles á fin de que el reinado de V. M. sea tan largo, próspero y feliz como desean.

S. M. contestó con la amabilidad y agrado que le son característicos.

En el Castellano de anoche leemos los notables párrafos que van á continuación de estas líneas. Sin tiempo ni espacio pa- ra ocuparnos de ellas como de otro artículo que en igual sentido publica el Correspondiente, repetiremos una vez mas, y ciento si es preciso, que el HERALDO no ha roto ni romperá la hermosa bandera á cuya sombra combatieron los leales de- fensores de la Constitución y de la Reina, y que para noso- tros la unión de todos los hombres amantes de la libertad y del orden, sea cualquiera el matiz á que hayan pertenecido, es nuestro mas vivo deseo, es y será el objeto de nuestros lea- les esfuerzos.

El Castellano dice así: «Segun se infiere de los periódicos, Espectador y Eco del Comercio de hoy, el antiguo partido progresista en sus dos fracciones ayacuchas y parlamentaria se halla de acuerdo en defender al Sr. Olóza- ga, y atribuir la terrible crisis que el gobierno de la nación esta pasando, á intrigas de camarilla palaciega dispuestas y sostenidas por el partido moderado. Admite la metamorfosis que repentinamente se ha causado en aquellos periódicos, que muy pocos dias ha- ce trabajaban al Sr. Olóza- ga como encarnizados enemigos, y hoy le defienden con interés y vehemencia.

De estas observaciones y de las palabras del Eco «Ya no hay medio, ó los moderados ó nosotros» se deduce claramen- te, que el fatal espíritu de partido, que la disputa sobre quién ha de obtener los empleos, es lo que continúa agitando á nuestra desgraciada patria, y que la nación, el trono, las libertades públicas, las formas parlamentarias etc., to- do es entre nosotros un ridículo juego de palabras con que se aspira á satisfacer ambiciones personales.

Parécenos que, pues el programa de reconciliación é im- parcialidad ha fracasado en la práctica, como sucede con to- do lo útil en nuestra nación, no quedará otro camino que el de luchar los dos partidos políticos que se disputan el po- der y alzarse con este el que sea vencedor; y seguro puede es- tar que como gobiernen en justicia y consigne el orden públi- co, que le bendicirá la nación. Pero á nuestro parecer no deben designarse con nombres antiguos de moderado y exalta- do, sino con otros que expresen mejor el conjunto de opi- niones y personas que cada uno contiene.

El partido parlamentario, el que ha sido fiel al programa de reconciliación é igualdad legal, se compone de antiguos moderados y progresistas y de muchos que no eran ni uno ni otro; y el partido que ha resistido la ejecu- ción del programa y quiere ser esclusivo en el mando y en los empleos, no tiene ya en sus filas muchos de los antiguos pro-

gresistas, y contará con individuos esparteristas, república- nos y de otras opiniones: no son, pues, los antiguos parti- dos como antes estaban los que se combaten; y sería conve- niente que adoptasen nombres que expresen con exactitud sus principios políticos y el conjunto de las opiniones que á cada uno constituyen.

Las noticias de la formación del ministerio Olóza- ga ha cau- sado desagradable impresion en las provincias de donde hemos tenido cartas y periódicos. Antipático como lo era ya el cé- lebre caballero del Toison, la manera esclusiva con que for- maba el gabinete, cuando todos esperaban que en él estuvie- se representada la colición á quien debía su elevacion el Sr. Olóza- ga, ha acabado de enajenarse el aprecio y las sim- patías de los verdaderos amantes de la unión entre todos los buenos españoles. Ni un solo diario de Valencia y Galicia aplaude la Constitución del ministerio de 23 de noviembre, y algunos, entre ellos el Vigilante, diario progresista de la Co- ruña, anuncia que de él habían de surgir graves calamidades. ¿Quién hubiera dicho entonces á nuestro colega que tan pronto había de cumplirse su profecía?

NOTABLE ARTICULO.

El Boletín del Ejército publica el siguiente: Antes de manifestar nuestros sentimientos con la lealtad y franqueza propias de militares fieles á sus juramentos y con- vicciones, creemos de nuestro deber expresar: que como re- dactores no estamos ligados con obligación que pueda cons- tituirnos el eco de ninguna persona ni poder, y que la cua- lidad de oficial que tiene nuestro periódico no se estiende mas que á la parte de él que se encabeza con su correspon- diente epigrafe: que de los artículos de fondo, nosotros y so- lo nosotros debemos responder. Hecha esta aclaracion, que juzgamos necesaria, nos dirigiremos

AL EJERCITO.

Un atentado horrible ha tenido lugar en la noche del 23 del próximo pasado. Atentado que no tiene ejemplo en los fastos de nuestra historia, historia llena de rasgos nobles y heroicos en favor del trono de nuestros reyes; historia que tanto abunda en hechos hidalgos y en estremo caballerescos. Si, un atentado que repite la bárbara accion del duque de Gloucester cuando cavó los ferreos dedos de su manopla en la tierra mano de Isabel de Inglaterra, para obligarla á firmar el decreto de abdicacion de su hijo Eduardo. Un hecho villano, indigno mil veces de un hombre que habia merecido sentarse en los bancos de nuestros representantes, y regir después el consejo de ministros de nuestra adorada Reina. Hagamos la relacion de este crimen tal como la hemos oido, y tal como nos han dicho que la refiere S. M. Si en efecto es así, si en efecto S. M. lo dice por su boca, d'remos con Ruiz Diaz: el rey no miente; no miente la inocencia y el candor; no miente la hija de cien monarcas, cuyo trono no es debido á intrigas y amagos miserables; porque es el goce de un derecho legitimo, sancionado ademas por la nacion, mediante el juramento prestado á nuestro código fundamen- tal, y proclamada por los pueblos que la adoran y por el ejército que ha derramado su sangre por ella; si, por el ejér- cito, siempre fiel á Isabel II, siempre dispuesto á morir en su defensa.

Oigamos. Parece que el Presidente del consejo de ministros entró en la citada noche en la real cámara con un papel en la mano: era el decreto para disolver las Cortes. El ministro lo leyó y S. M. se opuso con enjeria á firmarlo, manifestando que no disolveria sin causa los cuerpos que la habian hecho Reina, y volviendo la espalda iba á retirarse dirigiéndose hacia una puerta, que Olóza- ga, anticipándose, cerró para impedirlo. S. M., ya un tanto sobrecogida, pero sin perder su presen- cia de ánimo, se encaminó á otra puerta de un retrete, pero el andaz trueno se adelantó tambien y la cerró, asiendo en seguida por un brazo á la Reina y obligándola sentar por fuerza en el sillón de su despacho, la obligó por fin á firmar el de- creto. Horrible profanacion del todo de los españoles; horri- ble insulto hecho á todos cuantos han jurado defenderle; cri- men enorme capaz solo de un verdugo ó de un forajido! Digamosnos, si entre los nobles militares á quienes nos diri- jimos, sean de cualquiera opinion politica, habrá uno solo de general á soldado que hubiera sido capaz de tocar con mano airada á la augusta Isabel II. Digamosnos esos veteranos enve- jecidos en los combates; esos jóvenes audaces y valientes que cuentan sendas cicatrices en la flor de su edad, si alguno se juzga capaz de tamañ insulto, de tanta temeridad. Pues bien; un español lo ha hecho y todavia conserva su nombre: un español indigno de tenerlo y de pertenecer á esta nacion leal.

¿Dónde estamos? ¿hasta donde hemos de correr por la senda del crimen? ¿hasta donde hemos de volver los ojos para encon- trar un asilo, un templo sagrado, un objeto inviolable que sea el recurso de nuestras vicisitudes, el apoyo de nuestras esperanzas, el templo de nuestra veneracion! ¿Hasta cuándo ha de rodar el carro de la revolucion, arrastrado por los cri- menes y sostenido por la impunidad! ¿Hasta cuándo millones de honrados españoles han de ser el juguete y la victima de au- daces y ambiciosos revolucionarios!

Volved, Señora, los ojos hacia vuestro leal ejército; vol- vedlos hacia los que siempre han velado por vuestra con- servacion, á los que en medio de los trastornos que hemos sufrido y de las crisis terribles que hemos atravesado, han oido siempre vuestro angustio nombre; por vos se han batido en cien combates; á vos han invocado en lo mas crudo de las batallas, y han exhalado el último suspiro balbuceando el dulce nombre de Isabel II.

Vosotros, traidores, temblad y no apartéis de vuestra memoria, que nuestra Reina constitucional es el objeto sagrado que se confia á la fuerza armada, y el que defenderá con el valor y entusiasmo que tan acreditado tiene á la faz del mundo entero.

Y vosotros, nobles guerreros, valientes soldados, tened siem- pre presente la sangre de vuestros camaradas, vertida en de- fensa de nuestra idolatrada Reina. Si aun falta algun sacrificio, ahora mas que nunca debemos hacerlo, para conservar ileso el trono constitucional de la inocente Isabel.

Noticias de Cataluña.

BARCELONA 27 de noviembre.

(Del Correspondiente.)

Se observa con estrañeza que los principales comprometi- dos en los últimos sucesos de esta infornada ciudad, saquen pasaporte para Madrid. Ya hace dias se hallan en esta corte los principales corifeos de la pandilla causadora de todas nuestras calamidades, que han tenido parte muy activa en todos los motines de Barcelona, y hasta el comandante del batallón jamánico que iba en la columna de Martell.

El mismo Degollada va á llegar á esa de un momento á otro, pues tomó pasaporte para Perpignan, Tolosa, Madrid. Lo mismo han verificado Ronquillo, Salvet, y dicen que va á hacerlo el célebre Abdon Terradas, y un tal Barrera, coman- dante jamánico y muy conocido por las muchas iniquidades que cometió en Gerona durante el mando terrorista de Zur- bano.

Preciso es que todos los buenos de la corte estén muy ojo avizor, porque esa camilla intenta sin duda sumir á esa po- blacion en los mismos horrores de que ha hecho victima á Barcelona.

De la frontera con fecha del 23 escriben al Faro de los Pirineos.

El vapor Fenicio no desembarcó en Portvendres mas que cinco pasajeros; y son D. Ramon Coll y D. Narciso Negre- bins, individuos de la junta; Priamis y Garralt, ingleses, y Merello, genovés.

El Camaleon que llegó á mediodía, desembarcó 169 pasa- jeros, la mayor parte oficiales de los cuerpos francos, de la milicia y pertenecientes al partido que no cesa de declamar contra la milicia: empero dicen que tienen tal confianza en nuestra lealtad nacional que no han aceptado la capitulacion sino con la seguridad de ser protegidos por el pabellon trico- lor. Se quejan de que los individuos de la junta se han lle- vado mucho dinero dejándolos en la miseria.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

S. M. la REINA y su augusta Hermana la Sereni- sima Señora Infanta Doña Maria Luisa Fernanda con- tinúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

REALES DECRETOS.

Excmo. Sr.: El Sr. ministro de Estado me dice con esta fecha lo que copio.—La Reina se ha dignado es- pedir con esta fecha el decreto siguiente:

En atencion á las razones que me han hecho presen- tes D. Francisco Serrano y D. Joaquin de Frias para ha- cer dimision de los ministerios de la Guerra y de Mari- na, Comercio y Gobernacion de Ultramar, que respec- tivamente desempeñan, he venido en admitirlosa que- dando muy satisfecha del celo, lealtad y patriotismo de que en aquellos cargos han dado relevantes pruebas.

Lo que de orden de S. M. digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 1.º de diciembre de 1843.—Antonio Gallego.—Sr...

Excmo. Sr.: S. M. la Reina se ha servido expedir el decreto siguiente:

Usando de la prerogativa que me señala el art. 47 de la Constitución, he venido en nombrar ministro de Estado en propiedad y notario mayor interino de los reinos á D. Luis Gonzalez Bravo, diputado á Cortes por la provincia de Jaen y vice-presidente del Congreso.

Dado en Palacio á 1.º de diciembre de 1843.— Está rubricado de la real mano.

De orden de S. M., comunicada por el Sr. ministro de la Guerra, lo traslado á V. E. para los efectos consi- guientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 1.º de diciembre de 1843.—Antonio Gallego.—Sr...

El Sr. ministro de Estado me dice con esta fecha lo que sigue.—La Reina se ha servido expedir con esta fecha el decreto siguiente:

Conviniedo al mejor servicio que no sufra la menor paralización el curso de los negocios peculiares del mi- nisterio de la Guerra, he venido en habilitar para el despacho del referido ministerio al subsecretario del mismo el mariscal de campo D. Antonio Gallego y Val- cárcel.

De real orden lo traslado á V. E. para su conoci- miento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 1.º de diciembre de 1843.— Antonio Gallego.—Sr. capitán general de...

Excmo. Sr.: El Sr. ministro de Estado me dice con esta fecha lo que sigue.—La Reina se ha digna- do expedir con esta fecha el real decreto siguiente:

Atendiendo á lo que me han hecho presente D. Clau- dio Anton de Luzuriaga, ministro de Gracia y Justicia; D. Jacinto Félix Domenech, ministro de la gobernacion de la Peninsula, y D. Manuel Cantero, ministro de Ha- cienda; he venido en admitirles la dimision que han he- cho de sus respectivos cargos.

Lo que de orden de S. M. digo á V. E. para su co- nocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 1.º de diciembre de 1843.— Antonio Gallego.—Sr...

NOTA. Publica ademas la Gaceta el acta oficial que en otro lugar insertamos.

PARTE INDIFERENTE.

Gaceta del extranjero.

—El marqués de Custine, ha publicado en Paris una obra sobre la Rusia, que ha causado honda sensacion. Parece que Mr. Gretsck, consejero de estado ruso y redactor de la Abga del Norte que ha llegado á Paris, está encargado por su go- bierno de escribir una obra en que se refute la de Mr. de Custine. Son oficiales los documentos que tiene á la vista, y debe salir en frances y traducirse al alemán por Mr. de Kotzebue.

—La Gaceta de Francia asegura que se ha mandado al príncipe de Polignac que salga de Paris, por no haber querido pedir permiso para permanecer, al rey de los franceses. Tam- bien dice que el ministerio ha hecho entender al duque de Burdeos, que proceda á vender todos los bienes que posea en Francia.

Gaceta de la capital.

—Hoy se ha fijado en las esquinas la siguiente allocucion: D. Manuel de Larrain, alcalde primero constitucional de esta M. H. villa:

El grandioso acontecimiento que la nacion celebra en este dia y los dos siguientes, exige muy particularmente del heróico vecindario del primer pueblo de la monarquía toda la co- operacion, todo el entusiasmo con que en su proverbial lealtad sabe distinguirse siempre en justo homenaje de su acendrado amor y respeto hacia los objetos privilegiados de su vena- cion, la libertad, la independencia nacional y el trono cons- titucional de nuestra amada Reina Doña Isabel II, cuya ma- yor edad, declarada ya solemnemente por las Cortes, es el alto objeto de los festejos acordados por el Excmo. ayun- tamiento constitucional al tenor del programa que antecede, publicado de su acuerdo.

Satisfecha la primera autoridad local de que en esta parte nada dejará que desear el gran pueblo, modelo de ilustracion, sensatez y cordura, rehuye la enojosa tarea de dictar medida alguna que tienda á escitar el celo de sus habitantes, tanto para que sean secundadas como deben serlo las disposiciones de la corporacion municipal, señaladamente aquellas que previenen iluminar y colgar con el posible decoro las fachadas de las casas en los tres dias destinados al público regocijo, cuan- to para la conservacion del orden y tranquilidad que mas que nunca deben reinar en ellos, contrayéndose por lo tanto á incular, como lo hace, en los ánimos de los madrileños los sentimientos de union, fraternidad y franca alegría con que debe ser solemnizada la nueva era de paz, de prosperidad y ventura, inaugurada para los españoles en el memorable dia 10 de noviembre último. Madrid 4.º de diciembre de 1843.— Manuel de Larrain.

—FISCALIA DE IMPRENTA. Turno de periódicos establecido entre los promotores fiscales para la censura en el próximo mes de diciembre.

- 1.º Heraldo y Mundo, Sr. fisor Avila.
- 2.º Espectador y Católico, Sr. Mendez.
- 3.º Eco del Comercio, Castellano é internacional, señor Cifuentes.
- 4.º Gaceta, Posdata y Tarántula, Sr. Menendez Arango.

5.º Correspondal, Fr. Gerundio y Boletín del ejército, Sr. Hoyos.
Y 6.º Reparador, Bien del Pais y 1.º de Setiembre, señor Rosales (interino).

A ultima hora.

CONGRESO.

Estracto de la sesion del día 2 de diciembre.

La concurrencia que á la sesion de este dia se agolpó sobre el edificio del Congreso no era menos numerosa que la del anterior. Las tribunas atestadas mucho tiempo antes de abrirse la sesion presentaban un aspecto singular. A las tribunas del palacio habia muchos curiosos á quienes habia dado penetrar en él. Notábase, sin embargo, en los sena- blantes menos ansiedad que ayer, si bien la curiosidad no era menor.

A la una y cuarto ocupó la presidencia el Sr. Pidal; pocos momentos después entró en el salón el Sr. Olóza- ga, y ocupó su asiento de costumbre. También observamos en uno de los bancos de la izquierda al Sr. Serrano.

El banco del ministerio estaba vacío. Abierta la sesion por el Sr. Presidente, un profundo silen- cio se notó en aquel recinto. Aprobada el acta de la sesion anterior, anunció el Sr. Ramirez Areas una interpellacion al señor ministro de Estado, para que manifestase si continúa en el pensamiento que, se dice, tenia antes de ser ministro, de que si llegaba á aquel puesto suspenderia las sesiones de las Cortes; firmaria; espediria entonces los decretos sobre ayu- tamientos y milicia nacional; daría un paseo por las provin- cias; volveria á la capital, y disolveria las Cortes.

Esta interpellacion fué escuchada con visibiles muestras de desagrado.

Entrándose en la orden del dia quedó admitido como di- putado por Huesca el Sr. Abad.

Anunció el Sr. Presidente que iba á continuar la discusion pendiente ayer sobre la aptitud de los Sres. Olóza- ga, Luzuriaga y Cantero para tomar parte en las deliberaciones del Congreso, cuando se presentó por el Sr. Quinto la siguiente proposicion.

«Pido al Congreso se sirva declarar que permitirá tomar parte en los debates á quien dará lugar el documento leído ayer por el Sr. ministro de Estado á los Sres. Olóza- ga, Luzuriaga y Cantero.

Apoyó su autor y el Congreso la tomó en consideracion.

Inmediatamente se leyó una adiccion á esta proposicion, del Sr. Alonso, que dice así: «Debiendo estos debates empezarse inmediatamente con asistencia del gobierno, ó de quien hoy le represente, y sin que por esto quede prejuzgada la cuestion de reeleccion de los Sres. Olóza- ga, Luzuriaga y Cantero.»

El Congreso la desechó en votacion nominal por 83 votos contra 78.

Mientras se verificaba esta votacion, que fue escuchada con profundo silencio, entró en el salón el Sr. ministro de Es- tado.

Pusose por consiguiente á discusion la proposicion del señor Quinto, y usó el primero de la palabra el Sr. Luzuriaga, que se sentaba en uno de los bancos de la extrema derecha. El señor Olóza- ga abandonando el suyo, se colocó inmediatamente á su antiguo compañero de ministerio. El discurso de S. S. fue es- chuchado con suma atencion, y produjo bastante efecto, aten- dido el estado de agitacion en que se encontraba. Pidió al Congreso calma en asunto tan trascendental como el que agitaba todos los ánimos: dijo que la decision sobre disolu- cion de Cortes se habia hecho de acuerdo con su señoría, y los Sres. Domenech y Cantero, pero que esa decision es- taba intacta, y que hasta el dia siguiente de firmada por S. M., ignoraban que aquello se habia verificado; y añadió que ni S. S. ni sus compañeros cargaban con la responsa- bilidad de lo que después se verificó. Algunas otras cosas manifestó el Sr. Luzuriaga, abandonando el salon tan pro- to como concluyó su discurso.

Otros diputados tomaron parte en el debate de esta pro- posicion; pero circunscribiéndose á ella por indicacion del Sr. Presidente, no dijeron nada notable, girando toda la dis- cusion sobre la cuestion reglamentaria del giro que debiese- se.

El Sr. Olóza- ga tomó luego la palabra, y su discurso no ofreció nada notable; lo mismo sucedió al Sr. Serrano que habló después de S. S.

Después de un discurso breve del Sr. Cantero y algunas rectificaciones del Sr. ministro de Estado se declaró el punto discutido, y se aprobó la proposicion del Sr. Quinto.

Acto continuo se levantó la sesion, citando para mañana. Eran las cinco.

ANUNCIOS.

POR TENER QUE AUSENTARSE SU DUEÑO, SE TRASPASA una oficina de farmacia perfectamente surtida y con botones de cristal, situada en el centro de la ciudad de Jerez de la frontera, Andalucía baja, plaza de Plateros.

Las personas que quieran tratar de su ajuste podrán, acudir á la calle de la Cruz, núm. 21, cuarto principal, habitación de don José Sanchez, cuyo señor se halla suficientemente autorizado para celebrar los contratos convenientes.

PUNTOS DE SUSCRICION AL HERALDO.

EN EL EXTRANJERO.

Londres, Mr. W. Jeffs, Foreign Library 15, Burlington Arcade Piccadilly.
En Paris, en el cercle litteraire des Salons Valois, Palais Royal, Galerie de Valois, 156.
En el Havre, casa de Mr. Sebastian Boam.
En Burdeos, Bureau General des Journaux de Paris et des Départements, Place de la comédie, Mr. Delpeuch.
En Bayona, en la redaccion del Phare des Pyrénées.
En Lisboa, redaccion de O Correio Portuguez.
En Ultramar, en las Administraciones de Correos.

EN ESPAÑA.

Madrid, en las oficinas del periódico, calle de San Miguel, nú- mero 23.
En todas las Administraciones de Correos, y ademas en Alicante..... Casa de D. Juan José Carratalá, del me- rcerio de libros.
Burgos..... Id. D. Timoteo Araciz, id.
Cádiz..... Id. D. Alejandro Llorente.
Cuenca..... Id. D. Juan M. mendez.
Don Benito..... Id. D. Bernardino Galvez Garcia.
Ferrol..... Id. D. Narciso Taxonera, del comercio de libros.
Gibraltar..... Id. D. Ignacio Maria Ramos.
Huesca..... En la secretaría del Liceo.
Jerez de la Frontera..... Id. D. José Bueno.
Lérida..... Id. D. Camilo Boix, D. Tomás Sol- mari.
Mondónedo..... Id. D. Francisco Delgado, adminis- dor de Loterías.
Ocaña..... Id. D. Vicente Galvillo, administrador de id.
Pontevedra..... Id. D. Nicolás Francisco de Andrada- idem.
Palencia..... Id. D. Avelino Pastor, del comercio de libros.
Santiago..... Id. D. Francisco Rey Romero, id.
Santander..... Id. D. Clemente Maria Riesgo, id.
Toledo..... Id. D. Vicente Lopez Delgado, mis- nistrador de diligencias, y D. D. Hernandez del comercio de libros.
Valladolid..... Id. D. Mariano Rodriguez, idem.

MADRID.—Imprenta de EL HERALDO

EDITOR RESPONSABLE, C. RAMIREZ.